

La Niña del Súper

Siempre fui una mujer muy incrédula tanto con el tema de dioses como con espíritus y la vida tras la muerte. “Uno se muere y se acaba todo, game over”, solía decir hasta aquel día...

Tras procrastinar toda la semana, por fin llegó el día de hacer la compra. Me vestí con un humor de perros, cogí las llaves de mi coche y me fui hacia el supermercado. Mientras conduzco, miro la hora en el reloj del GPS: las 19:46h. “Tengo menos de dos horas para hacer la compra del mes y no llevo ni una lista encima”, pienso. Cojo el móvil y empiezo a escribir en el bloc de notas cosas que me acuerdo que me hace falta comprar. Mi atención era tanta en el móvil que por un momento me olvidé de mirar la calzada. Cuando vuelvo mi mirada hacia delante veo un camión parado en la señal. Piso el freno con toda mi fuerza mientras aprieto el volante con mis manos preparándome para el impacto. Instintivamente cierro mis ojos con fuerza. Cuando los abro, me doy cuenta de que conseguí parar antes de colisionar. Miro el espejo retrovisor y veo un autobús pegado a mi coche. El sudor escurre por mi rostro mientras en mis labios se dibuja una sonrisa desconcertada. “Por los pelos”, pienso.

Sigo mi camino con cautela hasta llegar al estacionamiento del supermercado. Aparco de cualquier manera y salgo corriendo del coche, engancho mi blusa en la puerta. Le doy un tirón y ésta se rompe. No le doy mucha más importancia y sigo hacia el interior del súper. Allí cojo un carro y empiezo a recorrer los pasillos. Entre uno y otro encuentro a una chiquilla sola mirando fijamente las chocolatinas. Me acerco a ella y le pregunto:

–Hola corazón, ¿estás sola?

La niña hace una señal afirmativa con la cabeza.

–¿Dónde están tus papás? – indago.

–Tú... Tú puedes verme. – dice con aire de asombro.

Las palabras de la niña hacen que mi corazón se dispare.

–Cla-claro que te veo, ¿por qué no te vería?

–Porque ninguno de vosotros puede hacerlo...

Instintivamente doy un paso hacia atrás. ¿Cómo que yo era la única que le podía ver? ¿Estaría jugando conmigo? Empecé a mirar a mi alrededor en busca de alguien para poderle preguntar si la niña realmente estaba allí o si yo estaba volviéndome loca. Nadie pasaba por el pasillo.

–No te molestes, nadie más me verá. Solo tú. Yo era como tú...

–Mira niña, no tengo tiempo para estos juegos, tengo que hacer mi compra y volverme a casa lo antes posible, tengo demasiado trabajo pendiente.

Empiezo a alejarme de la niña cuando ella me suelta una pregunta que me hace parar al mismo instante.

–Tú no crees en nada, ¿no es así?

Aprieto el mango del carrito e inspiro a fondo. “Ignóralo, Rocío”, pienso antes de seguir al siguiente pasillo.

–¿Cómo te llamas? – me pregunta la retaca siguiéndome por el supermercado.

–Niña, ve tras tu madre que debe de estar buscándote. – digo – Coñazo de niña... – exclamo para mis adentros.

–Mi mamá siempre me dijo que personas que no creen en Dios se quedan perdidas. Yo creía que solo lo decía para que yo me portara bien.

–Vale, muy bien, ahora vete.

–Si tú no crees en Dios, ¿que te pasará cuando mueras?

–Y yo que sé, pesada, me haré polvo o me convertiré en un árbol, cualquiera de estas cosas.

–¿Y si eso no pasa?

–Pues entonces ya veré. Todavía voy por los treinta, tengo tiempo de pensar en ello.

–Yo también creía que la gente solo se muere cuando ya está viejita, pero no...

Los ojos de la niña se entristecieron, ¿sería mi culpa?

–No te pongas así, niña, la gente casi siempre vive una larga vida y tienen hijos, perros, se casan y todo eso...

–¿Tú tienes todo eso?

–No – contesté con molestia – pero todavía soy joven, luego los tendré.

–Pero y si...-

Antes de que la niña pudiera terminar sus palabras, la interrumpí llamando a un hombre que pasaba con su cesta por una de los extremos del pasillo.

–¡Oye, ey, ey! ¿Tú también puedes ver a esta niña? – pregunté eufórica.

Me miró con una mirada despectiva y siguió su camino.

–¿Te puedes creer lo que acaba de pasar? Ha pasado de mí como si nada.

La niña se encogió de hombros mientras toqueteaba productos en las estanterías.

–¿Cómo te llamas? Yo soy Esther y tengo siete años.

–Yo soy Rocío.

–Encantada, Rocío.

La sonrisa blanquecina de la niña hacía contraste con su piel azabache.

–Qué sonrisa bonita tienes, Esther. – dije acercándome a la niña – Ahora dime, ¿dónde están tus papás?

–Mi papá... – sus ojos se le llenaron de lágrimas – Mi papá me llevaba a clase de ballet cuando el coche de delante hizo “bum” y yo me dormí...

Me acordé de que a principios de año había ocurrido un accidente en la autovía cercana al súper donde estábamos, cuando un coche se chocó contra una gasolinera y generó una explosión que dejó unas cuantas víctimas. Me senté al suelo apoyada contra una estantería. Aquello no podía estar ocurriendo, ¿cómo podía estar hablando con una niña que supuestamente llevaba muerta más de ocho meses? Diversas preguntas vinieron a mi cabeza, ¿todo aquello en lo que creí toda mi vida era mentira? O mejor, no creí. Por un momento me costó respirar. Las lágrimas escurrían por mis ojos. Cogí la cola de mi blusa y me limpié los ojos. La niña con toda delicadeza se sentó a mi lado y empezó a cantar. Una melodía demasiado triste para una niña tan pequeña. Todo lo que ella tenía por vivir y que nunca ocurriría mientras yo desperdiciaba mi vida encerrada en mi piso y sin relacionarme con nadie... por un momento pensé que podría haber sido yo. Retomé el control de mis sentimientos e intenté seguir la conversación con la pequeña.

–¿Y por qué no te fuiste, Esther?

–Porque tengo que esperar a mi mamá.

Mis ojos volvieron a llenarse de lágrimas. Me giré hacia la pequeña para intentar darle un abrazo cuando una voz sonó detrás mío.

–Esther, ¿qué haces sentada en el suelo?

Me di la vuelta y vi a una mujer negra, alta y delgada llevando un carrito de supermercado.

–Tú... ¡Renacuaja! – exclamé con una risa desconcertada – Casi me engañas.

–No. – argumentó con los ojos saltados – Es todo verdad, no te engañé.

–¿Cómo que no? Tu mamá está justo allí, tú no estás muerta. Casi tengo un ataque al corazón con tu *bromita* de mal gusto.

–Yo no dije que morí.

–¿Cómo que no? Me preguntaste si te podía ver y todo.

–Sí, pero...

Me levanté del suelo con extremo enfado. Cogí mi carro y seguí hasta la línea de caja.

–Señora, señora. – decía la pequeña detrás mío.

Llegué hasta la cola de la caja y allí me puse. De pronto siento cómo alguien me tira de la cola de la blusa. Me doy la vuelta y la vuelvo a ver. “Espera, ¿esta blusa no estaba rota justo ahí?” me pregunto.

–Señora Rocío, mira.

La niña apunta a la televisión con euforia. Al ver lo que ponía, siento cómo se congela mi sangre. Un accidente de coche, un Seat Ibiza gris, como el mío, se chocó contra un camión y luego fue aplastado por un autobús, provocando un efecto acordeón. El móvil que sostenía en la mano se me cae al suelo al ver cómo los paramédicos retiraban mi cuerpo del interior del coche.

–Lo siento mucho – dijo la niña antes de que todo a mi alrededor se oscureciera y mi consciencia se desvaneciera.